

**DECIMA JORNADA DE BIOETICA:  
CUESTIONES BIOETICAS EN TORNO AL AMOR MATRIMONIAL**

**Dr. Luis Jensen  
COMISION DE BIOETICA PADRE JOSE KENTENICH**

---

**LA ESTRUCTURA Y DINÁMICA NATURAL DE LA CORPOREIDAD  
SEXUADA ANTE LOS PRINCIPALES DESAFÍOS CONTEMPORÁNEOS.**

**Introducción**

La décima versión de estas jornadas coincide con el 40° aniversario de la encíclica *Humanae vitae* y se nos invita a una lectura personalista de ella, con el fin de iluminar la riqueza de nuestro amor conyugal para así responder vitalmente a los desafíos contemporáneos. Es una propuesta extraordinaria por la trascendencia de su impacto en la vida personal, matrimonial, familiar, eclesial y cultural. Extraordinaria por la magnitud de la materia que involucra desde lo biológico hasta lo teológico, pasando por lo político en el área de la salud, de la educación, de la demografía, entre otras. Extraordinaria también, porque creo que hay pocas instancias en las que actualmente se hagan estas preguntas y que busquen tratar de responderlas a la luz del personalismo que descubre al cuerpo como la epifanía del espíritu y a la sexualidad como el lenguaje del amor para llegar a construir la plena comunión interpersonal en íntima unión con la máxima fecundidad, el hijo concebido como el don más preciado del amor. ¿Cómo mantener unidos los dos grandes significados de comunión y fecundidad del amor humano en la vida conyugal? ¿Es posible hacerlo? El intentarlo, ¿pone realmente a las personas en un camino hacia su plenitud o las termina quebrando, de manera que ya ha llegado el tiempo de derogar la norma de *Humanae vitae*? Si se observa el horizonte cultural que nos rodea pareciera ser que las repuestas a estas preguntas son más bien negativas. Sin embargo, la pedagogía divina ha permitido que una pequeña grey conozca este tesoro. Ahora nos congregamos para tomar conciencia de él y buscar los caminos para regalarlo a las personas de buena voluntad que quieran y puedan recibirlo.

Es enorme el contraste de la riqueza personalista que emana de la enseñanza de la encíclica con lo que hoy se promueve y se tiende a vivir como lo normal, dado que se concibe a la persona como un individuo que puede disociar su cuerpo y su espíritu, su impulsividad y su afectividad, reduciendo la comunión a la satisfacción de sus derechos sexuales y la fecundidad al ejercicio de sus derechos reproductivos. Derechos de última generación, establecidos por el consenso de cúpulas políticas, que responden a intereses que responden a visiones ideológicas y no a la dignidad de la naturaleza humana. Son derechos que no se acompañan de deberes y que terminan reduciendo a la persona, en el campo de la sexualidad, a un mero objeto -aunque sea de mutuo acuerdo- y al hijo a un bien de consumo cuando se quiere tenerlo, o en algo desechable, abortable, cuando no se desea.

Los derechos sexuales y reproductivos son la última expresión de la larga cadena del neomaltusianismo que saca del ámbito de la persona, del matrimonio y de la familia la fecundidad del amor personal. La natalidad, actualmente, está en la mira de políticas

públicas, cuya meta central es controlarla, ya que se considera la principal amenaza para la paz mundial, agrava la tensión “norte-sur”, contribuye al desastre ecológico. Este objetivo de “control de la natalidad” lo comparten la mayoría de los estados, organizaciones internacionales y fundaciones humanitarias. Para alcanzarlo se implementan por doquier políticas de planificación familiar que no pretenden más que organizar una amplia distribución de anticonceptivo para alcanzar la máxima cobertura de la población en edad fértil. En esta perspectiva centralizada, organizada, programada corresponde que se llegue a una ordenación legal de los aspectos centrales de la sexualidad conyugal, como son la comunión y la fecundidad, es decir los derechos sexuales y reproductivos respectivamente. En esta perspectiva la paternidad y la maternidad tienen una connotación de planificada-programada y generalmente se entienden como la “imposibilidad de tener otro hijo”, lo cual justifica el uso del anticonceptivo más eficaz disponible. Esa es la forma de ser responsable, cuidándose y protegiéndose del embarazo.

Completamente diferente es el concepto de paternidad responsable enseñado en *Humanae vitae* que surge de la concepción de la persona que está llamada a la comunión de amor personal y a la fecundidad generosa. Para que sea personal, es necesario que la voluntad, expresión de la libertad personal, sea la que principalmente integre todo lo corporal de lo humano, es decir lo impulsivo y lo afectivo, con todo lo espiritual, vale decir lo racional y lo volitivo. Esta integración se realiza al mismo tiempo, para que así en el mismo acto se construya la perfección humana. Plenitud que requiere también la consideración y la integración armónica de los múltiples aspectos que conforman a la persona en cuerpo y espíritu. ¿Cómo conocer y respetar la dimensión biológica del cuerpo que establece las leyes de transmisión de la vida? ¿Cómo conocer y educar la riqueza psicológica del cuerpo que se manifiesta en lo impulsivo, el mundo de las excitaciones, y en lo afectivo -el espacio de los sentimientos? ¿Es posible integrar constructivamente estos dos aspectos de la corporeidad del varón y la mujer en cada uno de ellos y en la vida conyugal común? ¿Cómo cultivar la generosidad al momento de definir el proyecto matrimonial y familiar para decidir si invitar a un hijo a la vida en cada ciclo concreto? ¿Cómo llegar a respetar el orden moral inscrito en la naturaleza humana a través de una vinculación personal profunda con éste lo cual permite desarrollar lo mejor de cada uno y no asumirlo como una norma moral externa que termina siendo una carga agobiante?

No quiero detenerme en describir las corrientes del tiempo, sus raíces y efectos, ya que los podemos palpar a diario. Tampoco quiero entrar en una definición académica del concepto de paternidad responsable, sino que quiero abordarlo más bien desde una perspectiva pedagógica, respondiendo a la pregunta sobre el cómo. Me parece que este es el principal aporte de Schoenstatt, es el encargo que nos dejó nuestro Fundador el Padre José Kentenich. De hecho *Humanae vitae* fue publicada el 25 de Julio de 1968, y el padre Kentenich murió el 15 de Septiembre del mismo año. En concordancia a su costumbre de tener su mano en el pulso del tiempo y sensible a todo lo referente al ámbito del matrimonio y la familia -por eso que nos dejó la tarea de que la Obra de Familias de Schoenstatt sea el Fundamento y la Corona de toda la Obra de Schoenstatt-, el P. Kentenich comentó después de leer la encíclica, ¿cómo los matrimonios católicos pueden hacerla vida? Es el mismo anhelo que plantea posteriormente Juan Pablo II en 1984 al terminar sus catequesis sobre la Teología del Cuerpo, cuando señala que esto debería transformarse en una Pedagogía del Cuerpo.

## Desarrollo

Para tratar de responder al título de esta ponencia: **“La estructura y dinámica natural de la corporeidad sexuada”** desde la perspectiva pedagógica anunciada, abordaré primero el concepto de “natural” para la persona; segundo, algunas características propias de la naturaleza humana en lo referente a lo biológico y psicológico que determinan un estilo de vida en torno a la práctica de los métodos naturales; tercero, la búsqueda de un proyecto matrimonial y familiar para asumir generosamente la regulación de la fecundidad; y por último, en cuarto lugar, el concebir la misión de paternidad y maternidad responsable como un reflejo del amor de Dios, como un camino de santidad matrimonial gracias al sacramento del matrimonio. Por contraste quedará clara la enorme distancia de esta propuesta con la imperante en el tiempo actual, dado que hay dos antropologías diferentes. La nuestra que parte del concepto de persona creada por y para el amor, donde la realización personal radica en la capacidad de poseerse a sí mismo para donarse y acoger al otro, de vivir para y junto al otro, de manera de juntos poder regalarle al hijo el don de la vida. En cambio, la concepción antropológica del tiempo, desarrolla el concepto de individuo que alcanza su felicidad al ejercer sus derechos de hacer lo que quiera en materia de ejercicio de la sexualidad y de reproducción, cuya principal justificación es el hedonismo. La sexualidad fue elegida como territorio privilegiado para dar esta batalla de libertad del hombre porque también es la principal fuente de placer, criterio de justificación del utilitarismo.

Neomaltusianismo, hedonismo, utilitarismo, individualismo, feminismo son ideologías que están en la base de la propuesta actual. Todas tienen en común que parten de una construcción ideológica que reducen a la persona a algún aspecto, no tienen la capacidad de verla en su conjunto y pierden la posibilidad de respetarla en su dignidad. Siempre se termina reduciendo a “alguien” en “algo”, con lo cual se viola la norma personalista que cada uno de nosotros puede captar naturalmente. Esta señala que:

***“cada vez que en tu conducta una persona es el objeto de tu acción, no olvides que no has de tratarla solamente como un medio, como un instrumento, sino que ten en cuenta el hecho de que ella misma tiene, o por lo menos debería tener, su propio fin”*** (Wojtyla Karol, Amor y Responsabilidad)

### 1. ¿Qué es lo natural para la persona?

En el contexto del cuerpo y, específicamente, de la sexualidad el concepto de natural tiende a reducirse a lo biológico y a ponerse lo humano en el contexto de los mamíferos, de manera que casi por analogía se asume una perspectiva de lo “animal”. Con esto es fácil reducir todo lo referente a la transmisión de la vida humana al concepto de reproducción –muy lejano al de procreación- y afrontarlo como si fuera una enfermedad y casi exclusivamente una enfermedad del organismo femenino. En síntesis se trata de un reduccionismo de lo natural a lo biológico, contexto en el que lo impulsivo se asume

como instintivo y se le atribuye primacía. En los animales es así, el instinto está ordenado y es el que determina la conducta. Aplicando este criterio al hombre se pretende asumir que la espontaneidad es un valor, para así satisfacer el deseo cuando se presente, con quien se presente –hetero u homosexual, relación estable u ocasional, intra o extra matrimonial- y sin ninguna necesidad de integrar el impulso en la persona que tiene interioridad, proyección, libertad y responsabilidad para construirse a sí mismo. Ni tampoco una reflexión sobre el significado del impulso, su razón de ser, su orientación y finalidad para alcanzar la comunión interpersonal y la fecundidad.

Sin embargo, lo natural a la persona es que tiene conciencia de sí mismo, de su autodeterminación, de su soledad que necesita al otro, de su capacidad de donarse y acoger al otro y juntos procrear una nueva vida. Lo natural para la persona es que puede determinar sus propios actos, no responde en forma refleja a estímulos o a ordenes del impulso, sino que a través de la razón puede llegar a conocer la naturaleza de las cosas, su ordenamiento, su razón de ser, su para qué, tiene un acceso directo a la realidad y a la verdad. Este conocimiento es el que le permite conducir el ejercicio de la voluntad libre para responder y actuar en consecuencia. El acto humano que está en el centro de este tema es el acto conyugal, por lo tanto, la pregunta que corresponde hacerse es ¿qué es lo natural al acto conyugal? Frente a la tendencia actual de reducirlo a un acto de placer sexual para satisfacer el hedonismo individualista utilitario, nuestra respuesta es que es un acto de donación y acogimiento personal que expresa los dos significados del amor conyugal: de comunión y fecundidad. Buscando, expresando, asegurando y haciendo crecer la comunión interpersonal y dando vida plena, expresión de la fecundidad propia del amor, ya sea a través de un hijo -su forma más preciada- o mediante cualquiera otra de las múltiples posibles manifestaciones de la creatividad del amor y del espíritu humano.

Lo natural para la persona sería entonces todo aquello que realice a la persona, que le permita conocer mejor la realidad y actuar libremente para que lo verdadero se respete, lo bello resplandezca y lo bueno prevalezca. Así el actuar humano, es decir lo que se manifiesta a través de su cuerpo, llegue a reflejar lo que habita en su corazón, sus principios, sus valores, sus intenciones; y, al mismo tiempo, también exprese, comunique su correspondiente impulsividad, emotividad y afectividad propias de su estructura corporal. Esta es la maravilla de lo plenamente humano. De la riqueza de la persona que en su unidad está presente siempre el cuerpo animado por el espíritu o el espíritu encarnado en el cuerpo.

A través de esta afirmación de lo que significa la persona humana podemos llegar a reconocer con más facilidad la importancia vital que tiene la concepción antropológica de la persona como una unidad de cuerpo y alma, como un cuerpo animado o un espíritu encarnado. La persona es un todo integrado y armónico, donde ambos aspectos son mutuamente dependientes. Si apelamos a la experiencia de cada uno de nosotros es posible llegar a aceptar esta realidad de la naturaleza humana, pero donde hoy existe una mayor dificultad para descubrir y aceptar lo que es natural a la persona es en la comprensión de la naturaleza humana como un instructivo de una ley natural, en la cual se puede reconocer un orden de ser que debería determinar un orden de actuar. Actuar que va construyendo a la persona y su obra cuando es coherente; o, la va degradando y desintegrando su proyecto cuando no respeta la naturaleza. Aquí radica la dramática importancia de entender el correcto significado de lo natural para la persona. Sin embargo, si somos fieles al legado del Padre Kentenich, tenemos que estar de acuerdo

con su diagnóstico de que el hombre contemporáneo para actuar y adherir a una propuesta de este orden, necesita la fuerza del testimonio, del camino hecho vida, no son suficientes las ideas, éstas pueden clarificar, pero no motivan lo suficiente para arrastrar al otro a la acción. Más aún cuando se trata de ir contra la corriente del tiempo. En el modo de vivir contemporáneo es normal establecer la disociación del cuerpo y el espíritu; de la sexualidad y el amor; de la comunión y la fecundidad -a través de la anticoncepción y de las técnicas de fertilización asistida; del amor conyugal y el matrimonio; del matrimonio y la familia -a través del divorcio y de una reducción sociológica-funcional del concepto de familia.

En síntesis, en el campo de la sexualidad humana, del matrimonio y la familia es el terreno donde hoy es especialmente complejo y decisivo a la vez desarrollar modelos que hagan vida la visión personalista, donde lo natural a la persona es el poder conocer el significado de las cosas y de los seres, reconocer el valor de las personas a través del amor y respetarlas, integrar en cada acto la plenitud de lo humano tanto en lo corporal como en lo espiritual, y junto al otro ir construyendo una red de vínculos que facilite la participación de todos para la construcción del bien común.

## **2. Algunas características de la naturaleza humana**

En el párrafo 10 de *Humanae vitae* se plantea la exigencia de considerar cuatro aspectos de la persona para ejercer la misión de paternidad responsable. Los dos primeros son los más directamente relacionados con la naturaleza corporal de la persona: el biológico y el psicológico. Si somos capaces de elevarlos al plano de lo personal e integrarlos en un estilo de vida atrayente podremos plantear un cuestionamiento vital a la cultura contemporánea. Podremos dar testimonio en base a nuestra experiencia y eso despertará lo más noble que reside en la naturaleza del otro.

Cuando se menciona lo biológico y se asocia a las leyes de transmisión de la vida inscritas en nuestro cuerpo, se piensa inmediatamente en los métodos naturales de regulación de la fecundidad, pero muy a menudo se realiza la aproximación desde la mentalidad actual y se enfocan como un método de “planificación familiar”, pero “natural”, donde el valor de lo natural consiste en que para lograr el mismo objetivo que buscan los que planifican la familia para controlar la natalidad, no se usa nada artificial. El resultado de este enfoque es que se termina usando un “anticonceptivo” natural de manera que las exigencias propias del método como son el llevar un registro de la fertilidad y la abstinencia periódica, se viven como una carga, como una dificultad y una limitación para la plenitud del amor conyugal. Se asumen como el alto costo, la cuota de sacrificio para cumplir con la norma moral impuesta por una institución –la Iglesia Católica- dirigida por personas que no conocen el amor conyugal, que no viven en el mundo de las personas. Otros lo asumen como una alternativa para no usar métodos que pueden ser abortivos en sus mecanismos de acción. Otros piensan que, dado que no serían tan eficaces como los anticonceptivos, son los métodos que hacen posible el estar abiertos a la vida, para que el hijo llegue cuando “tiene que llegar” y no dependa de la invitación libre y generosa de los esposos.

Sin embargo, si tratamos de entender la fertilidad humana desde la perspectiva de la persona, es otra la aproximación a lo natural de las técnicas disponibles para conocer y regular la fertilidad. Para cualquier persona, y, especialmente para la mujer, es evidente

que al tener una relación sexual puede concebir un hijo, es algo que pertenece a nuestro autoconocimiento. Actualmente, gracias a los adelantos del conocimiento científico se sabe que los varones somos siempre fértiles, en cambio las mujeres sólo pueden embarazarse en algunos días del ciclo que preceden a la ovulación. Los signos y síntomas que manifiestan esta condición son evidentes para el 97% de las mujeres que se proponen aprender a conocer su propia fertilidad con la ayuda de alguien competente. Una vez que la mujer aprende a conocerse bien -lo cual más del 90% lo logra en un ciclo de observación- la eficacia para regular la fecundidad, si ambos cónyuges están dispuestos a respetar esos días fértiles de la mujer, es de un 98,5%. Es decir, son tanto o más eficaces que varios de los anticonceptivos modernos. Con estas cifras se responde a la duda sobre la accesibilidad y la eficacia de los métodos naturales, éstos efectivamente le permiten a los cónyuges administrar su fertilidad y sin costos para la salud de la mujer, ni riesgos para el hijo durante su concepción o gestación. Para entender la diferencia entre métodos naturales y artificiales hay que remitirse al plano antropológico, al concepto de la naturaleza del amor y la sexualidad humana.

Efectivamente, hoy se conoce la fertilidad, pero sólo los métodos naturales invitan a respetarla, a descubrir en las leyes de transmisión de la vida una ley natural que ordena el comportamiento íntimo a través del conocimiento y la educación del impulso sexual que exige la práctica de la abstinencia periódica. El acto humano, libre y voluntario en la regulación de la fertilidad cuando se usan métodos naturales es el abstenerse, el dejar de tener una relación sexual, aunque se desee, si la mujer está fértil y la decisión es posponer un embarazo. Este acto exige poner en ejercicio una serie de actos humanos, como son el de conocer la fertilidad, de respetarla, de conocer el impulso sexual y educarlo, conducirlo, adecuándolo a un proyecto matrimonial y familiar, a darle un sentido, a mirar juntos en la dirección del hijo, de la fecundidad. Si son los actos los que construyen a la persona, la naturaleza cíclica de los métodos naturales exige este ejercicio constantemente a lo largo de la vida, entonces se va realizando una verdadera práctica, en el sentido del entrenamiento, del perfeccionamiento humano, con lo cual a través del conocimiento la persona se va transformando en alguien sabio; en el ejercicio del respeto en alguien atingente, cercano, cálido; mediante la educación del impulso sexual en alguien que ha integrado toda su riqueza personal, la excitabilidad, la impulsividad, la emotividad, la afectividad y la racionalidad en sus actos más íntimos y por lo tanto más personales.

En la dinámica del matrimonio se va produciendo una complicidad para descubrir y desarrollar juntos todas las manifestaciones de cariño que permiten un encuentro personal, delicado y tierno para cultivar el encuentro de corazones y a su vez se desarrollan en su justa medida las manifestaciones que conducen a la realización de la comunión conyugal con toda sus riquezas. El conocer y educar el impulso sexual permite que éste se mantenga sano y crezca, lo cual determina un estilo de vida que ayuda a reeditar las grandes etapas de la vida matrimonial en cada ciclo. Esto hace crecer el amor matrimonial junto a la paternidad y maternidad. El ordenamiento del amor, propio de la abstinencia periódica, es el camino conyugal para elevarlo a un nivel extraordinario. Poco a poco se va transformando en un fruto de la virtud de la castidad, de la pureza de los esposos y que ánima la ascética descrita, desconocida en la cultura actual.

A través del uso de anticonceptivos, el conocimiento que se tiene de la fertilidad no se respeta, sino que se manipula, se cambia la naturaleza de la mujer, del varón o del

acto mismo para transformarlo en infértil. Se actúa sobre la fertilidad y no sobre los actos humanos. Así el acto anticonceptivo de tomarse una píldora, o ponerse un dispositivo o un preservativo lo que busca es voluntariamente transformar el acto potencialmente fértil en infecundo, se manipula la naturaleza. Por este ejercicio la persona se va transformando en lo que hace, en un manipulador, en un juez que determina cuando actúa o no la naturaleza. La justificación es que no se transmite la vida en ese acto conyugal que queda reducido a sólo una manifestación física que normalmente conlleva la búsqueda mutua de placer. Por lo anterior es más fácil entrar en la pendiente de reducir al otro a objeto, a experimentar una utilización en el acto que está llamado a ser de donación y acogimiento mutuo, se desvirtúa el significado de la relación interpersonal. Donde más se aprecia la deformación del acto anticonceptivo es en lo referente al hijo. Ya el lenguaje utiliza el concepto de protección del hijo, del riesgo de un hijo no deseado, si se llega a producir un embarazo ya no se vive como el fruto del amor esponsal, sino como el fracaso del método que los debería haber protegido de esa amenaza. Esta disociación y el afán de controlar la fertilidad es lo que ha favorecido la introducción del aborto en todas las sociedades donde masivamente se aplica la anticoncepción. La reducción a objeto del hijo sigue la misma lógica de la reducción a objeto de sí mismo y del cónyuge, lo cual explica la insatisfacción personal que se genera, con la consiguiente debilidad del matrimonio, la necesidad del divorcio y la apertura a las múltiples formas de satisfacción del impulso sexual que hoy se cultivan a través de los matrimonios homosexuales y la promoción de los derechos sexuales.

El conocer la fertilidad y la impulsividad, dos características del cuerpo de la persona masculina y femenina, permite ver con más claridad el contraste entre ambas modalidades del ser humano y ayuda a descubrir el valor de la polaridad de los sexos. Característica que se ha perdido en la cultura actual que busca conscientemente la igualdad, pero se queda más en las formas que en la dignidad, empobreciendo así profundamente la concepción antropológica. No basta con conocer esta realidad polar, el verdadero desafío pedagógico está en integrarlas armónicamente al servicio del perfeccionamiento personal, lo cual exige la complementariedad del varón y la mujer, del esposo y la esposa, de la paternidad y la maternidad. Este objetivo del amor y de la sexualidad, la complementariedad, también hoy se pretende olvidar sacándolo del diccionario políticamente correcto. La razón es que no se puede satisfacer jamás en una relación homosexual y no corresponde si se asume la igualdad formal varón-mujer. Sin embargo, conocer e integrar las características corporales de la fertilidad e impulsividad, de la polaridad y la complementariedad, adquieren toda su riqueza cuando se asumen a la luz de la construcción del proyecto matrimonial y familiar. Se trata entonces de un trabajo para toda la vida, es una verdadera ascética de los esposos que al estar motivada por el amor y esclarecida por la razón, permite el ejercicio de la libertad para juntos recorrer un camino difícil, pero colmado de plenitud humana. Así la carga se hace ligera y llevadera.

### **3. El proyecto matrimonial y familiar para regular la fecundidad**

Para los esposos la principal responsabilidad que comparten es construir su matrimonio y su familia. Bajo esta óptica en el contexto actual es urgente asumir la responsabilidad de regular la fecundidad. Gracias a los avances de la medicina, las expectativas de vida del que nace son extraordinariamente buenas. Entonces la justificación ética para tener que administrar la fertilidad es bastante clara, en este

sentido se comparten las mismas circunstancias que argumentan los que usan cualquier método para evitar el embarazo. Por lo tanto la diferencia entre métodos naturales y artificiales está en el objeto del acto mismo, como ya lo analizamos y también en la motivación, nuestra intención tendría que ser la de siempre querer dar vida y en abundancia, en el lenguaje de Aparecida “para que nuestros pueblos tengan vida... vida plena”. ¿Cómo lograr esto?

Hay 3 planos que distinguir, la actitud frente a la fertilidad, el momento para tomar la decisión y actitud frente al hijo. En primer lugar, hay una gran diferencia entre controlar y planificar, versus regular y administrar. En segundo lugar, hay una gran diferencia entre tomar una decisión de usar un anticonceptivo en un momento en que es evidente que la llegada de otro hijo no es lo mejor y no volver a revisar la decisión por años; y, la de tomar una decisión de acuerdo a la realidad de ir ciclo a ciclo ponderando todas las circunstancias y generosamente buscar qué es lo mejor para cada uno, para el matrimonio y la familia y juntos optar libremente y asumir la decisión. Y, en tercer lugar, ayuda mucho a preguntarse cuál es nuestra actitud frente a un hijo: ¿cómo responderíamos si llega un hijo a nuestra vida aunque conscientemente no lo hayamos invitado?

¿Por qué interesa la diferencia entre controlar y regular, entre planificar y administrar? Está la perspectiva política ya mencionada donde controlar y planificar responde a una perspectiva demográfica que está más allá de la persona concreta, saca del ámbito de la responsabilidad personal y del acto conyugal mismo la transmisión de la vida. También está lo ya mencionado de poner la comunión y la procreación en el contexto de la programación, de la reproducción, en el engranaje de la mecánica, más cercano al mecanicismo que ve las partes y no el todo orgánico de la persona. Lo cual facilita el que este acto eminentemente personal de comunión y fecundidad pierda sus significados. Y, por último, lo ya señalado respecto a que el controlar y planificar en estas materias, cuando se lleva a su extremo, implica el aborto, ya que es la única forma de tener el control total. A modo de ejemplo, ésta es la mentalidad que subyace entre los creadores y promotores de la “Píldora del Día Después”, su objetivo es el de entregar métodos interceptivos que aseguren la solución final cuando la anticoncepción fracasó. Esta sería la lectura externa.

Si se mira al interior de la persona, se puede apreciar mejor la importancia que tiene preguntarse desde la perspectiva personalista: ¿en que se convierte una persona que vive controlando, planificando, reduciendo lo humano a lo biológico, a lo mecánico a la mera reproducción? Sin duda que se empobrece tanto el que practica esa perspectiva como el que es “tratado” bajo esa óptica. Un empobrecimiento en estas materias pone a la persona en la pendiente de llegar a ser tratado como “algo” y no como “alguien” lo cual viola la norma personalista y en lugar de enaltecer, termina denigrando a la persona. Es importante reflexionar y hablar sobre esta realidad porque es la atmósfera que prevalece en el campo de la medicina y de la educación que trata y forma a las personas en lo referente a la sexualidad.

Por lo mismo es necesario esclarecer el verdadero significado de regular y administrar ya que a simple vista se ven como sinónimos. Regular tiene la connotación de lo dinámico, de lo que va acompañando a la vida de acuerdo a las circunstancias de cada momento. Lo que se regula es la fecundidad, de manera que el objetivo no es frenarla, sino que conducirla, permitir que se manifieste de otra manera para que ese



significado de generar vida, propio del amor conyugal se exprese de otra manera. Se trata de juntos descubrir las múltiples formas de manifestar la fecundidad que posee la paternidad y la maternidad, gestando, conduciendo y sirviendo a la vida en forma generosa y creativa, de manera que el “no a concebir un hijo en este ciclo concreto” se traduzca en un “sí consciente a los que ya se tienen”, dándoles más plenitud de vida, o preparándose mejor para cuando llegue el próximo hijo. O juntos enriquecer el proyecto que se ha asumido en el plano cultural, profesional o religioso, donde ambos estamos dando lo mejor de cada uno. Este concepto de regular exige, entonces, desarrollar la capacidad de administrar nuestros recursos en función de un proyecto asumido en comunión y enriquecido por nuestro amor esponsal.

Con lo anterior ya se respondió en parte al segundo aspecto, sin embargo conviene recordar que los métodos naturales también sirven para concebir un hijo, dado que son, en la práctica, un recordatorio cíclico de una invitación a ser papas, en cada ovulación está la posibilidad de un hijo. Por lo tanto en cada ciclo hay que revisar juntos cuáles son las circunstancias y tomar la mejor decisión que para ambos justifique el esfuerzo de la abstinencia. Es un proceso dinámico que mantiene vivo y actualizado el diálogo matrimonial, que nos recuerda la fuerza de esa definición del amor humano que nos dice que amarse no es sólo aprender a mirarse a los ojos, sino que juntos aprender a mirar en la misma dirección. En la práctica clínica hemos observado, cómo matrimonios que durante muchos años usaban un anticonceptivo artificial, nunca conversaron sobre la verdadera necesidad de evitar o posponer otro hijo y al comenzar con el uso de los métodos naturales, en pocos ciclos cambiaron de actitud y comenzaron a buscar el hijo. También hemos visto cómo la vida es mucho más dinámica aún, matrimonios que habiendo decidido el no tener un hijo, en el momento de la fertilidad y del encuentro personal íntimo han hecho otra opción. Al llegar al control de embarazo me han dicho “venimos a controlarnos este embarazo fruto del impulso sexual...”, esa es la riqueza de la vida plena que considera también todas las dimensiones de la persona.

El poner al centro del proyecto matrimonial y familiar la gran dimensión de la fecundidad del amor y tratar de cultivarla generosamente obliga siempre a preguntarnos por lo mejor y a tener una metodología para responder. Esa es nuestra responsabilidad ética, no podemos aspirar a menos. Una pregunta sencilla nos permite saber si estamos correctamente enfocados: ¿qué pasaría con nuestras vidas si llega un hijo ahora? Estamos en la situación en que nos encantaría tener un hijo, pero hay elementos objetivos que nos hacen ver que lo mejor es posponerlo. O, estamos en el escenario en que podríamos perfectamente tener otro hijo, pero no queremos. Es muy fácil percibir dónde hay generosidad, dado que ésta es una decisión compartida, es muy difícil que ambos nos engañemos y lo hagamos por mucho tiempo, eso va en contra de la nobleza del amor, de la paternidad y la maternidad, no hace crecer y genera una atmósfera de egoísmo y no de plenitud, de serenidad y paz, necesaria para que la vida crezca.

#### **4. La misión de paternidad y maternidad responsable como camino de santidad**

El que sea una misión nos recuerda de inmediato que Alguien es el dueño de la vida y quiso que ésta surgiera del amor conyugal. Así nosotros tenemos la dignidad de ser co-creadores en la procreación de una nueva vida, de una criatura que se caracteriza por

ser la única amada por sí misma. Ahí radica la grandeza de nuestra participación como colaboradores libres en esta obra del Creador.

Él es el dueño de la vida que nos la regala a través de nuestros padres que a su vez la recibieron como don de los suyos, nuestra vida es un bien extraordinario que aprendemos a conocerlo y a valorarlo a través de la experiencia del amor. Si nos sabemos amados, nos valoramos y quisiéramos regalarle ese bien a otro, esta es la fuente de la paternidad y la maternidad, que para alcanzarla requiere de la esponsalidad. Por lo tanto la paternidad es una forma maravillosa de introducirnos en la dinámica del don, de la gratuidad del amor, de tomar conciencia de nuestra vocación al amor personal. Nuestra misión es entonces administrar generosa y personalmente esta riqueza propia del amor, de transmitir el don vida a través de la comunión plena de donación y acogimiento mutuo con quien amo. Ser capaces de transmitir esto es acercarse a ser transparente del amor de Dios, a reflejar su paternidad.

Todo lo anterior está lejos de ser una imposición, se trata de una invitación que nosotros podemos asumir libremente, esta es la riqueza de nuestra dignidad. Por lo tanto nuestra responsabilidad radica en hacer nuestro este proyecto y realizarlo de la mejor forma posible, de manera de dar vida generosamente y en abundancia, de cuidar, conducir y servir esa vida como Dios Padre lo haría ya sea a través de nuestra paternidad o maternidad a lo largo de toda la vida de nuestros hijos.

En el acto conyugal es donde está en juego esta perspectiva personalista, en cada acto tendría que estar presente toda la gratuidad del don, de la comunión y acogimiento personal de manera que nuestro cuerpo exprese el anhelo del espíritu de la comunión interpersonal total con un lenguaje adecuado y a la vez ese acto goce de toda la dignidad propia de la libertad humana que es capaz de optar por lo mejor y asumir todas las consecuencias que de él se desprendan. Se trata de un acto de una densidad personal máxima, ya que al mismo tiempo expresa todo lo corporal y espiritual de la persona para el enriquecimiento y la perfección mutua.

Planteada la paternidad y la maternidad en el correcto sentido de la responsabilidad y de la misión con que nos regala esta comprensión personalista de la sexualidad nos falta ampliar el horizonte hacia la santidad. El P Kantenich señalaba que los santos comenzaban a ser santos cuando se supieron amados por Dios y Paulo VI nos señala en *Humanae vitae* que la práctica de estos métodos conlleva la presencia de un influjo beneficioso que enriquece a los esposos y a los hijos. Nuestra experiencia confirma estas dos afirmaciones. El amor humano es el camino predilecto de Dios para que conozcamos la magnitud, la altura, el ancho y la profundidad de su amor. Los hijos que son queridos antes de la concepción, durante la gestación y después del nacimiento como el don más preciado de nuestro amor, son hijos que tienen no sólo una santidad personal, sino que pueden aspirar a las más grandes alturas, a comprometerse en forma seria por la revolución religiosa moral que requiere la transformación de nuestra cultura.

La atmósfera necesaria para que se respire este aire no se improvisa, se cultiva en el día a día de cada ciclo al transparentar la realidad natural como una invitación del Dios de la Vida, del Dios Creador a ser sus colaboradores libres: las leyes de la transmisión de la vida, fueron puestas por Él, de manera que al conocerlas, conocemos su voluntad y al respetarlas hacemos vida el Padre nuestro en nuestra intimidad. La dinámica del impulso sexual también fue inscrita por Él en nuestros corazones de manera que al

intentar conocerla y educarla no hacemos otra cosa sino que tratar de amor como Él quiere que lo hagamos, por lo tanto la renuncia a invitar otro hijo a la vida que significa la abstinencia, que a su vez es una renuncia a la máxima expresión de comunión en el amor, es un abrirse a la fecundidad de la cruz, que genera una nueva vida, la fecundidad de buscar conscientemente la voluntad del Padre aunque esto signifique la muerte a uno mismo, ese es el ejemplo de vida de Cristo y María, modelos para nuestro matrimonio. Esta profundidad de vida es la que genera esa fecundidad que el mundo no conoce y que tanto necesita para descubrir la verdad, la belleza y la bondad del amor humano. Aquí se entiende la fecundidad del amor humano, cuya verdadera riqueza no se mide en términos cuantitativos, sino que en medidas de plenitud, de transparencia del reino de los cielos, cuya descripción podemos encontrar en el Cántico al Terruño que nuestro Padre Fundador escribió en el infierno de Dachau.

Para vivir nuestro amor conyugal en esta plenitud y asumir la misión de Paternidad Responsable con este desafío de ser un camino de santidad, contamos con las gracias de nuestro sacramento del matrimonio, gracias a él podemos aspirar a vivir este camino no como lo hace el mundo siguiendo el modelo de Adán y Eva que hicieron su voluntad y al desobedecer destruyeron la armonía del paraíso e introdujeron la muerte, sino que podemos consciente intentar hacerlo como Cristo y María que buscando conscientemente hacer la voluntad del Padre restablecieron en forma maravillosa el camino para llegar al Padre, también nosotros estamos invitados a hacerlo en el ámbito del matrimonio y la familia.

## **5. Conclusiones**

En el campo de la sexualidad se produce la confluencia privilegiada del cuerpo y del espíritu humano por esto es tan necesario que junto a las ideas claras haya una vivencia sana. Para poder invitar a asumir esta riqueza que entrega *Humanae vitae* es necesaria la fuerza del testimonio. En este sentido termino preguntándome cómo ha sido este camino para mí como esposo, padre, abuelo, médico, académico y laico.

A los pocos años de matrimonio tomamos conciencia con mi señora del regalo enorme de haber conocido *Humanae vitae* antes de casarnos y haber buscado juntos la forma de intentar hacerla vida en nuestro hogar. Lo que a su vez se fue transformando en la materia de mi quehacer profesional con mis colegas, mis pacientes y mis alumnos. Y se proyectó en un servicio apostólico a la Iglesia que ha abarcado desde la parroquia hasta Roma. En el espectro de estos 30 años de trabajo en los espacios que nos ha tocado participar puedo decir que es posible intentar vivir la propuesta del magisterio, que la medida de las dificultades se supera con el estudio, con la fuerza del amor y la abundancia de las gracias que se nos otorga para recorrer este camino.

Un gran regalo ha sido experimentar cómo nuestros hijos y sus amigos han hecho suya esta propuesta y la han difundido entre sus pares con su lenguaje y respondiendo a las demandas del tiempo actual. Otro privilegio ha sido contar con un grupo de médicos ginecólogos y pediatras que compartimos esta visión y misión a lo largo de muchos años, tanto en la actividad académica universitaria como en el ejercicio privado. Proyecto que se ha visto coronado con la creación de una Fundación Médico Cultural llamada *Porta Vitae*, que poco a poco, está siendo reconocida como un lugar de referencia por esta clara orientación personalista de la sexualidad humana

(recientemente incorporada al directorio de Centros Culturales Católicos por el Consejo Pontificio de la Cultura). Con todas sus implicancias en el campo de la medicina, la pedagogía y cultura actual, tanto al interior de la iglesia como en el ambiente laico. Son miles los matrimonios y mujeres que hemos podido acompañar, ya sea en la regulación de la fecundidad, como en la infertilidad con una medicina competente y respetuosa de la dignidad del amor humano y de la transmisión de la vida. Puedo concluir dando testimonio de que no estamos solos, el Dios de la Vida nos acompaña.